



## EL DÍA 22 DE FEBRERO DE 1913

**E**L 25.º regimiento, que comandaba el mayor Luis G. Garfias, juraba solemnemente, por la tarde, frente al Palacio de Gobierno, la bandera mexicana, que entregaba el Gobernador del Estado a la custodia de aquellos hombres; este regimiento, al ocurrir el *cuartelazo* de Febrero, lo estaban organizando su comandante el mayor Garfias y los capitanes Jacinto B. Treviño, Aldo Baroni, Antonio Delgadillo y otros oficiales, quienes poco antes habían llegado a la capital de Coahuila, procedentes de la ciudad de México, enviados con ese objeto por el Presidente Madero.

Antonio Delgadillo, como ya dije, formaba parte de la caravana de oficiales que encabezaba el mayor Garfias. Era un joven de treinta años, de carácter simpático y afable, y hacía gala de una fuerza y agilidad adquiridas en el Colegio Militar de Chapultepec; en poco tiempo logró conquistarse la amistad y confianza del señor Gobernador, a cuyas órdenes se ofreció incondicionalmente. Delgadillo, al parecer, se encontraba descontento y decepcionado en las filas del Ejército Federal, pues repetidamente se expresaba del Gobierno del Centro en términos denigrantes, arguyendo que el Sr. Madero no había sabido corresponder al esfuerzo y sacrificios

de los oficiales del Ejército Federal que habían expuesto su vida, distinguiéndose en los combates de Rellano y Bachimba, donde la gran división del Norte, que comandaba el general Victoriano Huerta, había salvado al Gobierno maderista de un fracaso inminente y aplastado el formidable movimiento sedicioso que encabezaba Pascual Orozco. El señor Carranza, deseoso de complacer a Delgadillo, y tal vez por la simpatía que este joven oficial había sabido inspirarle, le ofreció nombrarlo en la primera oportunidad instructor militar de las Escuelas Primarias y Superiores de la capital del Estado, y comisionarlo, al mismo tiempo, para organizar en la ciudad de Saltillo un grupo de instructores, con objeto de impartir en todo el Estado la instrucción militar a los niños de las escuelas.

Ante los ofrecimientos y la buena voluntad para ayudarle, que le demostraba el Sr. Carranza, Delgadillo estaba ya resuelto a solicitar de la Secretaría de Guerra su baja en el Ejército Federal, poniéndose inmediatamente a las órdenes del Gobernador del Estado de Coahuila; pero en vísperas de tomar esta resolución, se registraron en México los sangrientos sucesos de la Ciudadela. Intempestivamente, Delgadillo, olvidando sus reiteradas solicitudes para entrar al servicio del Gobierno de Coahuila y la amistad que le ligaba al Sr. Carranza, retiró su petición y no volvió a hablar de este asunto. Sin embargo, aparentaba estar de acuerdo conmigo y con Jacinto B. Treviño para secundar abiertamente el movimiento armado que el Sr. Carranza iniciaba contra el usurpador y estaba próximo a estallar en la capital del Estado.

Al mediodía del 22, Delgadillo fué a ocultarse en la casa que ocupaba en Saltillo el mayor Miguel Álvarez, subordinado del general Manuel M. Blázquez. Este último, desde la víspera, había salido violentamente con rumbo a Monterrey, a bordo de una máquina del Ferrocarril, temeroso de que D. Venustiano Carranza lo mandase aprehender.

Delgadillo, por lo visto, no pensaba cumplir su ofrecimiento de secundar el movimiento que iniciaba el Sr. Carranza, sino que, por el contrario, simpatizaba con la causa de los traidores; el mayor Garfias y el capitán Jacinto B. Treviño sospecharon que Delgadillo se ocultaba en la casa del mayor Álvarez con el deliberado propósito de esperar en su escondrijo la llegada a Saltillo de los Federales, y reunirse después con ellos para combatir a los defensores de la legalidad. Para evitar la traición de Delgadillo, se ordenó al capitán segundo Aldo Baroni que, acompañado de dos soldados, fuese en busca del prófugo y le redujese a prisión en el cuartel situado en la calle de Zaragoza. Baroni fracasó en su intento de captura, y por segunda vez se le ordenó que regresara inmediatamente a cumplir la orden que se le tenía dada, acompañándolo en esta ocasión el capitán primero Alejo González, a quien le seguían dos de sus soldados.

Al presentarse nuevamente los aprehensores en la casa que servía de escondite a Delgadillo, salió éste a la puerta, armado de un 30-30, e intentó hacer fuego sobre Baroni; pero uno de los soldados que llevaba Alejo González logró disparar a tiempo contra Delgadillo, acertándole un tiro en la mandíbula. El proyectil que hizo blanco en Delgadillo le atravesó el maxilar superior, saliéndole por la oreja, y el herido cayó exánime en brazos de su esposa, que en esos precisos momentos llegaba al lugar de la tragedia. Baroni y sus acompañantes regresaron a dar cuenta de lo ocurrido, y la noticia de este incidente se extendió con rapidez por toda la ciudad como un augurio trágico de los sucesos que muy pronto irían a desarrollarse. Era la primera página sangrienta de la Revolución provocada por la infidencia de Huerta y Félix Díaz.

Entre las numerosas adhesiones que el Sr. Carranza estuvo recibiendo de sus más adictos partidarios y leales amigos, se cuenta el siguiente mensaje:

«Monterrey, Febrero 22 de 1913. — Señor Gobernador Constitucional del Estado, D. Venustiano Carranza. — Saltillo (Coah.).

»*Al tener conocimiento de la actitud que ha asumido usted ante los acontecimientos de la capital, lo felicitamos muy sinceramente, ofreciéndole incondicionalmente para ayuda de su causa el humilde contingente de nuestras personas e intereses.* — Firmado: El presidente municipal, *Nicéforo Zambrano.* — *Manuel Amaya.*»

Durante el día ya había circulado profusamente la noticia del *cuartelazo* en México, el Pacto de la Ciudadela, el desconocimiento de D. Venustiano Carranza de esos acontecimientos, el Decreto del Congreso Local, y todo lo relativo al muy palpitante asunto del día; así que para las cinco de la tarde, y frente al Palacio de Gobierno del Estado, invadía la multitud el amplio jardín de la Constitución, deseoso el pueblo de saber más noticias. Quería saberlo todo; entonces, dándose cuenta de esto el Sr. Carranza, dió un puñado de papeles que contenían el Decreto y la citada circular, al oficial mayor del Congreso Local, D. Ernesto Meade Fierro, y le ordenó que dijera una arenga al pueblo, que se encontraba en tal ansiedad de noticias, recomendando al Sr. Meade Fierro explicara con toda claridad los sucesos de México y la necesidad que había de ir a la lucha armada. El Sr. Meade Fierro, obedeciendo, arrojó por el balcón el puñado de papeles, que se disputaron los ciudadanos, y habló unas cuantas palabras. El pueblo aplaudió, y con gritos y gran entusiasmo pedía la presencia del Sr. Carranza en el balcón de Palacio; lo acompañé al balcón, y fué estrepitoso el aplauso; habló poco, pero muy conciso. Además, el pueblo no le permitía que terminara los conceptos de su perorata, tales eran sus aplausos. Decía:

«Inútiles serán las explicaciones de carácter legal para los que han atropellado los derechos sagrados del pueblo; no

quieren oír la voz de la legalidad; tendremos que hacernos oír con la voz de las carabinas 30-30, los que hemos protestado cumplir y hacer cumplir la Carta Magna de la República; iremos otra vez a la lucha; pero es preciso que ésta sí sea definitiva, y que el país y sus mandatarios queden bajo el imperio del Derecho y la Justicia, al igual que los pueblos que forman el concierto de las Naciones civilizadas.»

Los aplausos interrumpían, y la emoción no permitía que se llevaran apuntes en aquellos momentos de todas las frases que como un salmo caían sobre la conciencia de aquellas gentes, hasta entonces irredentas. ¡Cuántos de ellos engrosaron las filas nuestras! La voz de Carranza perdurará por mucho tiempo en aquel Palacio y en aquel ambiente. Después la plebe, buena amiga mía, gritaba:

«¡Que hable Breceda! ¡Que salga Breceda!»

No hubiera hablado, ni hubiera salido, por más que así lo querían los de la plaza; pero de improviso un hombrazo de corpulentos brazos me cogió por los hombros y me empujó hacia el balcón, que momentos antes había dejado en unión del Sr. Carranza, y diciendo entre ranchera sonrisa:

«— A *rajarse* a su tierra, amigo.»

No tuve más remedio que abrir la boca y balbucir algunas palabras, que mucho me aplaudió aquel bondadoso pueblo. Era Francisco Coss, el de «A *rajarse* a su tierra, amigo».

Debo hacer hincapié de que en la plaza de referencia se encontraba sólo la más humilde clase del pueblo, contrastando notablemente su actitud patriótica con la de un grupo de «gente bien», que a la derecha del Palacio de Gobierno se destacaba, riendo estruendosamente de las palabras del Sr. Carranza, como si estuviera en una plaza de toros, comentando con burlas nuestra actitud. Y, ¡oh ironías del destino!, algunos de estos señores sirven ahora al Gobierno del mismo Sr. Carranza, ya sea como diputados, diplomáticos o altos empleados en las Secretarías de Estado.

Le premier chapitre est consacré à l'histoire de la littérature française, de la Renaissance à la Révolution. L'auteur analyse les influences étrangères et les courants de pensée qui ont marqué cette période. Il aborde également la question de la langue et de son évolution.

Le deuxième chapitre traite de la littérature du XVIIIe siècle, de la philosophie des Lumières à la Révolution. L'auteur examine le rôle de la littérature dans la formation de l'opinion publique et dans le développement des idées nouvelles.

Le troisième chapitre est consacré à la littérature du XIXe siècle, de la Restauration à la Troisième République. L'auteur analyse les différents courants littéraires et les conditions sociales de leur développement.

Le quatrième chapitre traite de la littérature du XXe siècle, de la Première Guerre mondiale à nos jours. L'auteur examine les influences de la culture étrangère et les nouvelles formes littéraires qui ont émergé.

Le cinquième chapitre est consacré à la littérature contemporaine, de la Seconde Guerre mondiale à nos jours. L'auteur analyse les influences de la culture étrangère et les nouvelles formes littéraires qui ont émergé.